

y, si aprovechamos la dudosa claridad que hasta allí penetra, podremos leer en la mortuoria piedra:

IN NIDULO MEO MORIAR.—JOB. CAP. XXIX.

DOÑA MARÍA DE GUADALUPE LENCASTRE Y CARDENAS, DUQUESA

DE ARCOS, AVEIRO, MAQUEDA Y TORRESNOVAS, MANDÓ

SE ENTERRASE SU CORAZON Y CUERPO EN ESTE LU-

GAR, DEBAJO DE LOS PIÉS DE LA IMAJEN

CENTRO DE SU AMOR Y ESPERANZA.

9 DE FEBRERO.—1745.

Una escalera se ofrece á nuestros pasos. Tan rica es y tan magnífica que casi nos falta valor para pisarla. Subamos sin embargo.

Cuarenta y dos gradas hechas cada cual de una pieza de jaspe sanguíneo, marginado de una elegante barandilla de bronce, recibiendo la luz de ocho espaciosas vidrieras, nos conducirán al camarín de la Virgen, al tocador de la emperatriz de este palacio.

Paraos y admirad. Todo es grande, todo magnífico, todo regio. Sobre vuestras cabezas una cúpula en cuyos visos deslumbradores se descomponen y nadan los rayos del sol que en ricos cambiantes de luz baja á esmaltar las pilastras de cristal y las guirnaldas de flores sabiamente imitadas por el arte, en torno vuestro lienzos de Jordan y Zurbaran, dos gigantes de la pintura; á vuestros piés los jaspes tricolores que tienden su incomparable alfombra.

Internémonos mas aun. Lleguemos hasta el pié mismo de la imájen y admirémosla en su trono de plata, donacion del marqués de Monasterio; veamos esos dos ángeles del mismo metal ofrecidos por un conde de Alcaudete, y dejemos que nos asombre esa pintura de la Anunciacion que hay encima y que es obra de Leonardo.

Reparad ahora en los laudatorios motes que el oro ha trazado sobre el amarrante del terciopelo que afelpa sus paredes laterales.

Al rededor del cascaron:

Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur.

En unas cornucopias bordadas con hilos de oro:

Virgo potens, mala nostra pelle. Virgo clemens, bona cuncta posce.

No salgais de este retrete sin haceros mostrar dos mesitas de metal enramadas de filamentos de oro que regaló Felipe II, y un cofrecillo de marfil y concha, joyas de raro valor.

En otra pieza de este mismo piso es donde estaba el tesoro. Los trastornos vandálicos del siglo pasado y del nuestro pueden dar cuenta de las preciosidades nunca vistas que contenia aquella estancia, mas famosa que la gruta de las *Mil y una noches* donde las perlas y rubies se cojian á celemines, y que la cueva de *Monte Cristo* donde Edmundo se bañaba en una balsa de oro.

No bastaba un dia solo para ver las preciosidades del Joyel.

Qué se ha hecho un vestido de la Virgen que costaba cuarenta mil ducados? Qué se han hecho los cuatro mantos en los que una lluvia copiosa no los hubiera llegado á cubrir de gotas de agua mas espesas que lo estaban el aljofar, las perlas, los diamantes y toda suerte de pedrerías? Qué ha sido de los doce niños de plata que en 1547 regaló el rey Don Felipe representando á sus doce hijos? qué de los nueve asombrosos relicarios y la riquísima alfombra de seda bordada por sus hermanas y damas? Dónde han ido á parar la corona de oro que ofreció el maestre de Calatrava Don Pedro Giron, la rosa de oro, regalo de Don Alonso de Portugal, la cajita de plata labrada por el lego Juan de Segovia, platero de los mas famosos que hubo jamás en el reino?... Y los muchos y magníficos frontales? y las varias custodias y cruces de valor incalculable? y los ciriales, cálices, imájenes, candeleros, broches, collares, sortijas y aderezos, donativos todos de príncipes y de reyes? y las capas, coronas, bandejas é incensarios? y tanta plata en fin como allí habia que bastaba solo una tercera parte para chapear toda la iglesia?

Todo ha desaparecido como la *verdura de las eras*, como el *rocío de los prados*.

Salgamos, y pasemos al coro.

Este no corresponde á la suntuosidad de los apartamentos que dejamos reconocidos. Es ridículo, dice Ponz con su desenfado natural. Y Monje, que no se atreve á ser quizá tan terminante, dice que es demasiado económico.

Pasemos á la sacristía. Allí estaban entre varias pinturas de mérito un retrato de la reina Doña Luisa de Orleans muger de Carlos II, obra de Carreño, y ocho grandes cuadros, representando asuntos de la vida de San Gerónimo, debidos al pincel maestro de Francisco Zurbaran. Tambien en la misma sacristía y en otras piezas adjuntas habia un brillante museo de cuadros de Ribera y otros famosos autores.

En una gran capilla inmediata con el nombre del *Santuario* es donde están las reliquias. Su figura es exágona con dos cuerpos de arquitectura, dórico y jónico; sus altares, de regularidad en la arquitectura, están llenos de reliquias en escelentes relicarios. Es de raro mérito la custodia de plata que sir-

ve para la festividad del Corpus, y bellísima una caja de plata dorada que ponen en el monumento, cuyas labores principales son esmaltes y bajo relieves de la vida y pasión de Cristo. No dejes sobre todo de admirar un templecito exágono también de plata que sirve para perfumes y está adornado con columnas corintias y en el cual se lee esta inscripción: *Capitulum, Senatus, Populusque Elborensis præservata anno 1599 a grassante pestilentia urbe, votum Virgini solvit anno 1604*. Tampoco os vayais sin que os enseñen un crucifijo de oro de doce libras y una lámpara del mismo metal, que allí se guardan, regalo del famoso almirante Andrés Doria.

Finalmente, es imposible que salgamos del templo sin ir á visitar una á una todas las tumbas que su recinto pueblan, algunas demasiado ilustres para que pudiéramos pasar por delante de ellas con el corazón ufano y la mirada indiferente.

Sin los citados, es panteón Guadalupe de todos estos ilustres muertos:

Fray Fernando Yañez, su primero y acaso su más memorable prior, yace junto al altar mayor al lado de la epístola.

Don Gil de Santa María de Guadalupe, el vaquero á quien se apareció la Virgen.

Don Luís Bravo de Acuña, del hábito de Santiago, general de las galeras de España, del consejo de S. M., embajador de Venecia y Virey de Navarra, yace en la capilla mayor con su muger Doña María de Cardona. Trajo las principales reliquias que hay en el santuario de Roma, Nápoles y otros países.

Una urna de plata que hay en el camarín encierra el corazón del Excelentísimo Señor Don Manuel Diego Lopez de Zúñiga, duque de Bejar, que murió en el cerco de Muda el año de 1666.

Don Juan Serrano, obispo de Segovia, de Sigüenza y cuarto prior de Guadalupe, descansa en un sepulcro de mármol que hay en la capilla de San Gregorio.

El padre Fray Pedro Fernandez Pecha, fundador de la orden de San Gerónimo en España. Con él reposa su hermana Doña Mayor.

El noble caballero Martín Hernandez Ceron, rico capitalista y alcalde mayor de Sevilla que contribuyó al brillo de la iglesia con 3000 doblas moriscas de oro y con muchas joyas preciosas y vestiduras de gran mérito.

Don Diego García de Orellana, natural de Trujillo, tronco de los marqueses de Orellana.

Don Fernando Alvarez de Menesses, corregidor de Talavera de la Reina, digno de los laureles literarios.

Don Miguel García de Arévalo.

Don Antonio del Aguila Rebenga, capitán y canciller del rey, su madre Doña María de Villegas y su hijo Don Antonio.

Doña Juana de Toledo y Doña Ursula, madre de Don Bernardino Ramirez de Montalvo, caballero del hábito de Santiago, marqués de San Julian en el reino de Nápoles.

Don Diego de Villalobos y Benavides, capitán de caballos en Flandes, natural de Guadalupe.

La condesa Doña Leonor, muger de Don Juan de Leon.

Don Toribio Fernandez de Mena, capitán de Don Alonso XI, canónigo de Toledo y segundo prior del monasterio. Fundó por orden del rey Don Pedro el hospital del obispo; hizo encañar el agua que surte al vecindario, fabricó la torre de las campanas; puso la campana al reloj y dió la traza para construir la celda prioral.

Don Ruy Fernandez de Quijada, Doña Juana su esposa y su hijo Don Pedro, señores de Valdepalacios.

Don Juan de Zúñiga y Sotomayor, último gran maestro de Alcántara.

Don Juan Velazquez Dávila, del hábito de Alcántara, señor de las villas de Lorian y Donllorente, cuyos sucesores gozan hoy los títulos de marqueses de Lorian y de Leganés.

Doña María de Velasco, esposa de Don Pedro Portocarrero, señores de Palma y primeros condes de este apellido.

Don Fray Gonzalo de Illescas, en cuya mortuoria lápida se lee esta inscripción:

Aquí yace el muy reverendo en Cristo el P.Fr. Gonzalo de Illescas, confesor y del consejo del rey nuestro señor Don Juan II, obispo de Córdoba. Falleció en Fornachuelos á 22 de octubre de 1464. Hizo la librería de esta casa, los molinos de Espejel sobre el Tajo, la casa de Burquilla, los confesionarios y el órgano grande de Guadalupe.

Fray Pedro de Valladolid, confesor de Doña María madre de Enrique IV.

Fray Gonzalo de Ocaña, fundador del estanque y molinos de Guadalupe.

Fray Juan Serrano, sobrino del obispo y prior Don Juan, embajador en Roma y en Génova por Don Juan el II.

Don Fray Pedro, obispo de Marruecos.

Fray Diego de París, francés de nación, hombre de gran juicio y vasto talento. Poseyó la rara casualidad de parecerse notablemente á la reina Católica, cuya razón movió á esta soberana á visitar el monasterio tres veces

en el transcurso de nueve años. Este prior fabricó la portería, el claustro del capítulo, su fuente y la mayordomía. Pintó y adornó el refectorio y las cuatro *Estaciones* que estuvieron en el claustro principal.

Don Fray Luis de Vich, obispo de Bayona.

Fray Juan de San Fulgencio, fundador de la granja de invierno llamada *Valdefuentes*.

Don Fray Francisco de Benavides ó de Santa María, de la casa de los marqueses de Frornista, obispo de Cartagena en Indias, de Mondoñedo, de Segovia y electo de Jaen. Asistió al concilio de Trento.

Don Juan del Castillo, obispo de Cuba, coorrector del hospital de Cerecera.

Fray Gabriel de Talavera, de la ilustre casa de los Menesses y duques de Estrada; escribió la historia de su convento; hizo el *santuario* y le pintó y decoró; también se le debe el pozo de nieve, después de cuya obra murió en setiembre de 1620.

Fray Tomás de Toledo, general de la orden, calificador de la inquisición y dos veces prior de Guadalupe.

Fray Agustín de Madrid, maestro predicador de S. M., examinador de la nunciatura apostólica y su teólogo.

Fray Juan de Villahermosa, que prosiguió con gran actividad y gusto la obra del camarín que su antecesor había comenzado.

Si bien os parece, podremos ahora salir de la iglesia por una puerta magnífica, inmediata al altar de San Pedro apostol en la nave septentrional del crucero.

Nos hallamos en el claustro que es muzárabe y que honra al edificio. Nótese una variedad de formas en sus arcos que contribuye no poco á embellecerle: los de N. S. y O. son ojivales, pero retrayéndose al arranque de herredura, los del E. la mitad semicirculares muzárabes, y los demás apuntados: los primeros abrazados con un andén de arcos moriscos; los segundos con antepecho de tabique; todos ellos fabricados en 1518.

En frente de la puerta del refectorio inmediato hay una fuente de bronce grande de particular capricho, y mucha prolijidad en la obra. Es una de las dos que hizo fundar el P. Yañez y colocar allí, para que los huéspedes se lavasen antes ó después de comer. La otra estaba en medio del cimborio y derramaba sus aguas en un estanque ó pilón de mosaico.

No concluyamos nuestra visita sin reparar en el citado cimborio ó templo. Su construcción es de ladrillo empleado con el método arquitectónico del estilo muzárabe, y se pierde la vista más perspicaz en sus molduras, y la-

berintos. Los cuatro frentes de que consta el primer cuerpo se ven calados por dos arcos ojivales, que estriban en parte-luces y delgadas columnitas de mármol; el cuerpo segundo es octógono y remata cada faz en un frontón de azulejos y arciones, el tercero es igual aunque más reducido, y el cuarto recibe en su clave una aguja gótica con una cruz de hierro sobre su cúspide.

Atravesemos el patio edificado en 1476 con pilares de mármol y antepecho de piedra negra, que nos conducirá á la espaciosa sala del capítulo frisada al fresco; demos una mirada á la anchurosa cisterna cubierta por el embaldosado del patio de la *enfermería*, y su triple galería ojival enriquecida con puertas y ventanas muzárabes; recorramos por fin el monasterio que no ofrece cosa particular en su conjunto y sí poca regularidad en sus habitaciones, patios, escaleras, claustros, etc.

Ponz está en la creencia que antiguamente debió de ser fortaleza y se lo hacen creer diferentes torres y otras señales.

Contenia Guadalupe un seminario de gramáticos con cuarenta jóvenes que allí estudiaban y eran mantenidos por el convento. Unida á la fábrica de la iglesia había una parroquia con sacerdotes seculares, bastante capaz, pero de arquitectura, altares y adornos todo extravagante. Había además hospital, hospedería y una casa magnífica llamada *los palacios* donde se alojaban personas distinguidas, mantenido todo con las rentas del monasterio.

Estas eran crecidas. Un escritor digno de toda fé las hace subir á ochenta mil ducados; asegura que la cabaña ascendía á ochenta mil cabezas, las vacas á tres mil, las plantas de olivo á cincuenta mil. Dá por sentado que cada año consumía el monasterio tres mil arrobas de aceite, veinte y ocho mil fanegas de trigo, tres mil carneros, mil y quinientas cabras, cien vacas, ciento cincuenta cerdos y otras menudencias.

Lo cierto es que la renta debía ser crecidísima á juzgar por las posesiones que eran inmensas. Guadalupe priorato tuvo uno de los primeros nombres del reino, Guadalupe convento fué una de las principales riquezas monásticas. Y no es extraño. El auxilio de los reyes por una parte y la devoción popular por otra eran dos manantiales inagotables que iban continuamente á desembocar en el tesoro del monasterio.

Apenas se encontraría en todo el término del pueblo de Guadalupe un palmo de terreno que no haya pertenecido á los monjes por compra ó donación. Contaban diez y seis huertas, nueve olivares, siete viñas, tres pinares, dos dehesas cerradas, un lagar, cinco molinos harineros en uno de los cuales había una piedra que giraba con tanta velocidad, que en el espacio de una

hora molía doce fanegas de trigo. El rey Don Felipe II quiso cerciorarse por sí mismo, y haciendo la esperiencia á su vista con un reloj de arena en 1570, se convenció de que molía las doce fanegas y algo mas. Tenian tambien un pozo de nieve, fábrica de paños, batan, martinete, sierra de agua y dos caleras, esclusivamente destinadas á la elaboracion de la cal que necesitase el monasterio, sin que de ellas pudieran hacer uso los vecinos del pueblo ni otra persona particular.

Á mas de esto, poseian una deliciosísima granja para solaces de invierno, y otra donde solian los monjes recrearse en el estío por ser el sitio amenísimo, pintoresco, frondoso y muy sano.

Hallábase esta quinta situada en una garganta de la sierra á cosa de una legua del pueblo y era conocida con el nombre de *Mirabel*. Nada faltaba en ella de cuanto puede apetecer la comodidad, nada de cuanto puede contribuir al alegre pasatiempo y al tranquilo solaz de la vida campestre. Bóvedas de follage mecidas par aromadas auras, bosques inmensos de castaños, galerías entoldadas con hojas de parras por entre las cuales pendian los sabrosos racimos de azabache y oro, estanques de ondas purísimas y azuladas, arroyos rodando sus olas bullidoras por canales de mármol, flores que balanceaban sus cálices perfumados, toda la poesía de la naturaleza en fin junto á toda la paz y tranquilidad del claustro.

Terminada está nuestra peregrinacion. Tornar podeis á vuestros hogares, ó mejor, puesto que no os habeis movido, abrid solo los ojos y despertad. Ha sido un delicioso sueño el vuestro.

Todo lo que habeis visto ha desaparecido. Guadalupe no existe ya.

Ha caido bajo la masa de hierro de un gigante, ha pasado por encima de él algo devastador como el *simoun*.

En efecto, ha pasado por sobre sus torres y batiendo sus negras alas el siglo XIX.

IV.

GUADALUPE CASTILLO.

Que á nadie admire este título.

Lo explicaré, y para explicarlo créase que echaré mano de todos los datos y aprovecharé todas las circunstancias que servir puedan á mi objeto.

Vamos por partes.

En los primeros tiempos de su historia, Guadalupe brota como una flor en el campo religioso. Es un nuevo templo abierto á la fé, es una cátedra para predicar los preceptos de aquella moral tan pura que hubo de conmover como una palanca la gigantesca roca del grosero materialismo de los romanos. Algunos hombres se acojen bajo sus pórticos deseosos de sembrar en un terreno vírgen las simientes de plata que, rociadas por las lágrimas de la fé, deben producir los frutos mas maravillosos para toda la poblacion cristiana que allí se acerque á saborear la miel de la religion del Crucificado.

En aquella época de guerra y de odios, en aquella época de pasiones desenfrenadas y de codiciosas miras, Guadalupe se presenta á dibujar su perfil, todavía pálido, en la historia religiosa, es decir, en la historia de los pueblos. Es una tribu cristiana que avanza por entre el fragor de los partidos y el estruendo de las armas, llevando por estandarte la cruz y por libro el evangelio.

Bella, noble y digna es su primera época!

Su primer templo es un puerto de salvacion, su primer grito un grito de caridad.

Llega un dia fatal. Las conciencias vacilan como las lámparas suspendi-